

HOMILÍA DEL P. AGUSTÍN ARREDONDO, S.J.

Recordamos hoy (que no celebramos sino el próximo domingo), la ida de Cristo al Cielo a los cuarenta días de su vida gloriosa entre nosotros, concluida tan cabalmente su obra, que la impulsa ante los presentes con fuerza irresistible a lo largo de todos los milenios que esto dure: "Seréis mis testigos hasta el último confín de la tierra" (*Act.* 1,8) les dijo al final.

Estas palabras truenan en el corazón de Pablo veinte años después, ya hemos dicho que irresistiblemente. Y doce siglos después en predilecta tierra lejana adonde ya de mucho antes había llegado su testimonio, suena éste a través de Fernando III de Castilla y León con tal alboroto, que todavía después de otros siete siglos y medio nos conmina y reúne en esta capilla a estas horas, a personas dispersas por nuestra vida aun geográficamente, que al sólo conjuro de tal mensaje nos reunimos hoy aquí.

Leíamos en primer lugar que Pablo sale de modo poco brillante de Atenas, la sabia capital, que tal vez por sabia no prometía tanto a quien le hablara de la estulticia de la cruz. A la populosa Corinto se dirige ahora, ciudad reconstruida hacía noventa años sobre la antigua arrasada todo un siglo antes por la Roma conquistadora. Corinto era una ciudad muy comercial y expansiva hacia el exterior, y desafortadamente divertida y atractiva hacia el interior. La palabra "corintiar" era síntoma de vivir licenciosamente, cosa no permitida a cualquiera sin un fácil derroche de dinero que le había hecho decir al poeta Horacio que "non cuivis homini contingit adire Corinthum", que no le era posible a cualquiera ir a Corinto. Grandes ciudades entraron siempre en la estrategia de Pablo; lo que le ofreció en Corinto la ocasión de dar con un matrimonio cristiano como él, de ascendencia judía como él, fabricante, también como Pablo había sido, de tiendas hechas de una basta tela de pelos de cabra, que con el nombre de cilicio se producían y vendían, máxime en la asiática Cilicia, en cuya región la ciudad de Tarso había visto nacer al Apóstol de las gentes.

La amistad que engendró la convivencia llevó a Aquila y Priscila a tal grado de colaboración con Pablo que le acompañaron por ello en algunos viajes. Y cuando vueltos a Roma escribe Pablo a aquella iglesia diez años después desde Corinto, les manda este saludo que apenas tenga igual en esas cartas: "Saludad a Prisca y a Aquila, mis cooperadores en Cristo Jesús, los cuales, por salvar mi vida, expusieron su cabeza, a quienes no sólo estoy agradecido yo, sino todas las iglesias de la gentilidad" (*Rom.* 16,3-4).

Que tuvo Pablo numerosos y eficientes colaboradores, nos lo hace ver la historia bíblica y la profana; ni podía ser de otro modo. El último Concilio ecuménico recoge la sugerencia "de diversos modos de cooperación más inmediata con el apostolado de la jerarquía, como aquellos hombres y mujeres que ayudaban al apóstol Pablo en la evangelización, trabajando mucho en el Señor".

Tampoco podemos pensar otra cosa de nuestro santo Rey Fernando. Entonces se vivía mucho menos tiempo: cincuenta y cuatro años, a lo sumo, vivió él. Además se vivía mucho más despacio. Y con todo, se tenía tiempo para gobernar una familia—trece hijos tuvo de una u otra esposa—, de hacer dos o tres catedrales como las de Burgos, Toledo y León; o una universidad como la de Palencia, antecesora de la de Salamanca; de fomentar toda cultura artística y literaria cuanto la paz lo permitía, y heredaría de los tiempos de su padre el rey Alfonso llamado el Sabio. El incansable conquistador de tierras y gentes. Y sobre todo el infatigable, como Pablo, y Cristo, pescador de voluntades y de almas.

Sin la complicidad y colaboración de tanto seguidor suyo en la tierra no hay manera de explicarse todo esto; y sin el auxilio descarado y favor del cielo, menos. Podíamos no conocer los hechos que aporta la historia sobre la profunda religiosidad de este Rey Santo, y darlos en general por necesariamente ciertos, como el agua donde hay hierba, o como el fuego donde hay humo. Dios es quien nos dijo: "Por los frutos los conoceréis" (*Mt.* 7,16).

Así vela las armas una noche antes de armarse caballero y contraer matrimonio en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

Luego armará también caballeros a sus hijos; pero se negará a hacerlo con alguno de los nobles más poderosos, al que consideraba indigno de tan estrecha investidura. Cuidará sus relaciones con la Santa Sede y los prelados; reprenderá duramente las herejías, será severo con los renegados, respetuoso con los no cristianos, a quienes atraía su comportamiento de tal modo que se presume razonablemente la conversión secreta de aliados suyos a la fe de Cristo; y aun pública, como el hijo del rey de Baeza, infante castellano Abdelmón, bautizado posteriormente con el nombre de Fernando.

Tras él, o acompañándole, van portadores de la fe religiosos que hacen iglesias inmediatamente entre las gentes que van conquistando. El dominico San Pedro González Telmo es de los más llamativos, que marcha con Fernando sobre Córdoba en 1236, auténtico director espiritual de aquel ejército, confesor del rey que decía: "Confío más en las oraciones de Pedro que en las armas"; mientras, Fernando rezaba en campaña el oficio de la Virgen precursor de nuestro rezo del rosario, llevaba consigo en el caballo una imagen de la Señora, y a la Virgen de las Batallas la hizo presidir el cortejo real al entrar en 1248 triunfante en Sevilla.

* * *

Otra enseñanza inevitable en cualquier elevada empresa: en Cristo, en Pablo o en Fernando; patrimonio indeclinable de cualquier héroe: la adversidad, la contradicción. "Dentro de poco ya no me vais a ver. De nuevo un poco, y me veréis" (Jo. 16, 16sqq). No hay otro modo de "ir al Padre", nunca ni para nadie. El camino estrecho y la puerta angosta, y el llevar la cruz, y la persecución, y el perder la vida para ganarla. Eso sí, para ganarla, para acabar llegando al Padre.

Que fuera ése el camino de Pablo, lo vemos en la gran epopeya que es su apostolado, donde vemos según lo leído que no le falta la repulsa ni entre sus mismos oyentes judíos; y tanto será luego lo que sabemos tendría que soportar.

Y de nuestro Fernando, siempre triunfador, supongamos la de privaciones exigidas para tanto triunfo. Pero encontramos en

su vida un par de situaciones que, más familiares y no tan bélicas, pudieron sacudir su ánimo con extrema vehemencia.

Inocencio III declara nula la unión matrimonial de sus padres, celebrada según parece de buena fe, debida al próximo parentesco entre Alfonso de León y Berenguela. El niño Fernando tiene entonces ocho años, y se ve separado de madre tan dignísima que se vuelve a Castilla dejando a Fernando en León con el rey su padre.

Dos años después las Cortes de León juran a Fernando heredero de aquel reino. Pero al volver de aquellos años, debido quizá a la pujanza de Castilla, el padre se indispone con el hijo, prepara la invasión de tierras castellanas y deshereda a Fernando, transfiriendo la corona de León a las dos hijas tenidas de un anterior matrimonio. Fernando, que nunca guerreó contra príncipe cristiano alguno, menos iba a combatir contra su padre.

“Señor padre, Rey de León, Don Alfonso, mi Señor”, le escribe, “¿De dónde os viene esa saña? Bien semeja que os pesa el bien mío y mucho os había de placer por haber un fijo rey de Castilla, y que siempre será a vuestra honra, ca de Castilla no vos vendrá daño ni guerra en los míos días. Aunque lo que vos facedes vedarlo podría muy crudamente a todo rey del mundo, mas non lo puedo a vos y conviéneme de vos sufrir hasta que entendades lo que facedes”.

Mucho triunfo, sí. Pero dos veces nos dejó el Espíritu Santo como repetida por Cristo aquella cláusula afirmativa que tanto nos cuesta a veces entender: “En verdad, en verdad os digo; vosotros lloraréis y gemiréis, mientras que el mundo se alegrará. Vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jo. 16,20). Al fin, la victoria eterna de Fernando.

* * *

Y a pesar de esto a Fernando le falta aún una victoria. ¿No va a serlo la nuestra, la de los que le admiramos, y a su protección nos acogemos?

El encargo de Cristo al irse nos sigue tronando en el tercer milenio. Queremos lo que Cristo, lo que Pablo, lo que Fernando:

“una Ciudad Católica, una convivencia en la verdad, en la tranquilidad, en la estabilidad, de reunidos en su nombre, con Él entonces en el centro, como nos lo prometió” (*Mt. 18,20*).

Más o menos fernandos tenemos ya con aquel corifeo, que conquistaron ya para sí castillas y leones eternos, y que no por eso se olvidan en la gloria de estos infelices Aquilas y Priscilas como los de Pablo, o Telmos y Berenguelas como los de Fernando, que entusiastas aspiramos al mismo ideal. “Ved —como el salmista bíblico del 132— qué hermoso es y qué placentero que en unidad los hermanos convivan, cual el unguento más fino que desciende por la barba de Aarón, y baja hasta el gorjal de sus vestiduras”. Unidad plural que Cristo quiso fundar para su empresa, y que Pablo y Fernando formaron en la suya. Unidad plural con que todos a todos nos enriquecemos y agradecemos, al par que damos gracias al Hacedor que creemos nos juntó y para su gloria nos conserva.

¿Y las supuestas adversidades de esta estimable obra que persiste? Apenas se oye hablar de ellas. Tampoco hablan con frecuencia los padres de los secretos desvelos que cada hijo les supone, pero se les supone. Inquietudes, incomprensiones, prisas, frustraciones, riesgos, que el no ser tan conocidos los hace más valiosos, según aquel ataque lírico de nuestro Pemán, que le hizo decir a Cisneros en el teatro que lo más bonito que tienen las rosas es que no tienen idea de lo bonitas que son. Y el tiempo pasa. Y nos volvemos a reunir. Y Dios tirando de esto para delante. Porque es Él: “Si el Señor no edificare la casa, en vano se habrán esforzado en ella sus constructores; si no guarda la ciudad, en vano habrá velado el centinela” (*Sal 126*). ¡Qué felicidad!

Con el imborrable recuerdo, pues, de los que ya murieron, y nuestra agradecida plegaria por ellos, y a ellos, gritemos al Señor hasta la locura, con la impenitente pesadez que nosotros no aguantaríamos, pero que a Él nos dijo que le gusta cuando a Él nos dirigimos (*Lc. 18,1*), con la intercesión de San Fernando, aquella entrañable letanía con que solemos dar principio a nuestras reuniones regulares: enseñadme lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo lo debo decir, lo que debo callar, lo que debo

escribir, cómo debo obrar, lo que debo hacer para procurar vuestra gloria, el bien de las almas y mi propia santificación. Amén.

DISCURSO DE FÉLIX MUÑOZ

Hace ya casi diez años que conocí a quien desde entonces es una muy entrañable amiga: Carmen Fernández de la Cigofña. Coincidíamos en una recién creada universidad a la que, junto con otros muchos jóvenes nos acabábamos de incorporar como noveles profesores, ella en Derecho y quien les habla en Economía. Recuerdo perfectamente cómo en una conversación de café nos sugirió a unos cuantos amigos que podíamos incorporarnos a las reuniones de Speiro. Movido por la curiosidad quien les habla interpeló a su amiga: “¿En qué consisten esas reuniones?” Pero las explicaciones recibidas no surtieron el efecto deseado: “En otra ocasión” fue la respuesta. No fue que Carmen no me explicase perfectamente lo que le preguntaba, simplemente tales reuniones “no entraban en mi horizonte existencial”.

Aquello quedó para mí olvidado. Al cabo de los años Carmen y Óscar, hoy su marido, a quien conocía de la Universidad Autónoma con anterioridad, se hicieron novios (no sé qué parte de responsabilidad se me puede imputar en ello) y claro, no es lo mismo proponer a un amigo asistir a las reuniones de Speiro que a su propio novio. Fue Óscar quien ¡por segunda vez en mi vida! me propuso ir “al menos para que le acompañase el primer día” a las reuniones de los jueves. Dos veces eran demasiada “insistencia”. ¿Qué podía uno perder por agradar a dos amigos?

En fin, ya ven, aquí nos encontramos hoy celebrando la festividad de San Fernando. Y la verdad, creo que mereció la pena.

¿Qué ha supuesto para mí la experiencia de Speiro?

Fundamentalmente formación.

Primero la formación política. Con los trabajos de los libros de Juan Antonio Widow y de Jean Ousset, principalmente, pero no únicamente, hemos aprendido de la mano de los maestros Andrés Gamba, Miguel Ayuso y Estanislao Cantero y de mi querido amigo Antonio Martín Puerta la génesis y la estructura íntima de